

1872.

Leg⁹

cuadernos

N^o 25

740

DISCURSO

SOBRE

LA INFLUENCIA DEL FATALISMO EN LA LITERATURA ANTIGUA:

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO EN LETRAS

DON GERARDO VAZQUEZ MANSILLA,

AL RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DEL DOCTORADO EN LA SECCION DE LITERATURA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA.



MADRID.

IMPRESA DE LA CALLE DE S. VICENTE A CARGO DE JOSE RODRIGUEZ.

1852.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n^o0740

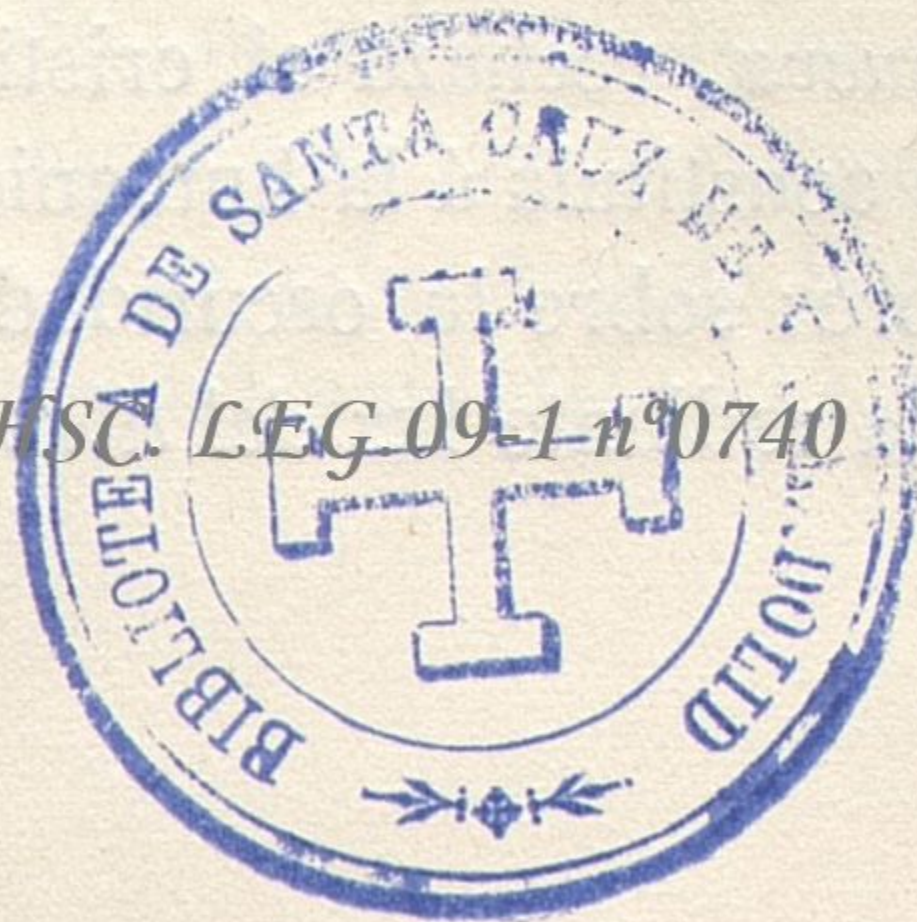
C.

25

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

dente llama de la *Providencia*. El hombre juzga del bien y del mal: la moral y la religion conducen sus pasos: la *Providencia* vela por él y jamás le abandona en sus conflictos: la *Providencia* no es el mal absoluto, sino la bondad, la sabiduria infinita. Todo viene á ser distinto en la religion, diverso en las creencias, diferente en las costumbres. ¿Podrá el arte ser uno? Esa diferencia capital entre el politeismo y la religion del Crucificado, existe tambien entre el arte de los pueblos antiguos y modernos: allí hemos visto el *destino* afligiendo el espíritu y anonadando la materia: aquí descubrimos la *Providencia* y el *libre albedrio*, purificando el espíritu y elevándole á las regiones de la felicidad eterna, al mismo tiempo que fortifica y perfecciona el barro frágil, que vestimos. Allí es ineficaz la virtud para labrar la bienandanza terrena: aquí es el camino de la paz y la medianera entre el fuerte y el débil, encendiendo y reanimando constantemente las cien hogueras de la caridad, que le acercan al cielo.

Mas uno y otro estado de la civilizacion del mundo, aparecen poderosamente reflejados en las obras del arte, antorcha luminosa, que alumbra con sus purísimos rayos los pasos de la filosofia y de la historia. Hé aquí, Exmo. Señor, por qué al comenzar este desaliñado discurso, me atreví á asentar que era la literatura uno de los *estudios* mas fecundos para descubrir el espíritu de los pueblos, punto que juzgo dejar demostrado, considerando la influencia del *destino* en las letras griegas y romanas.—Hé dicho.



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°740



1>0 0 0 0 2 9 4 3 4 7

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

DISCURSO

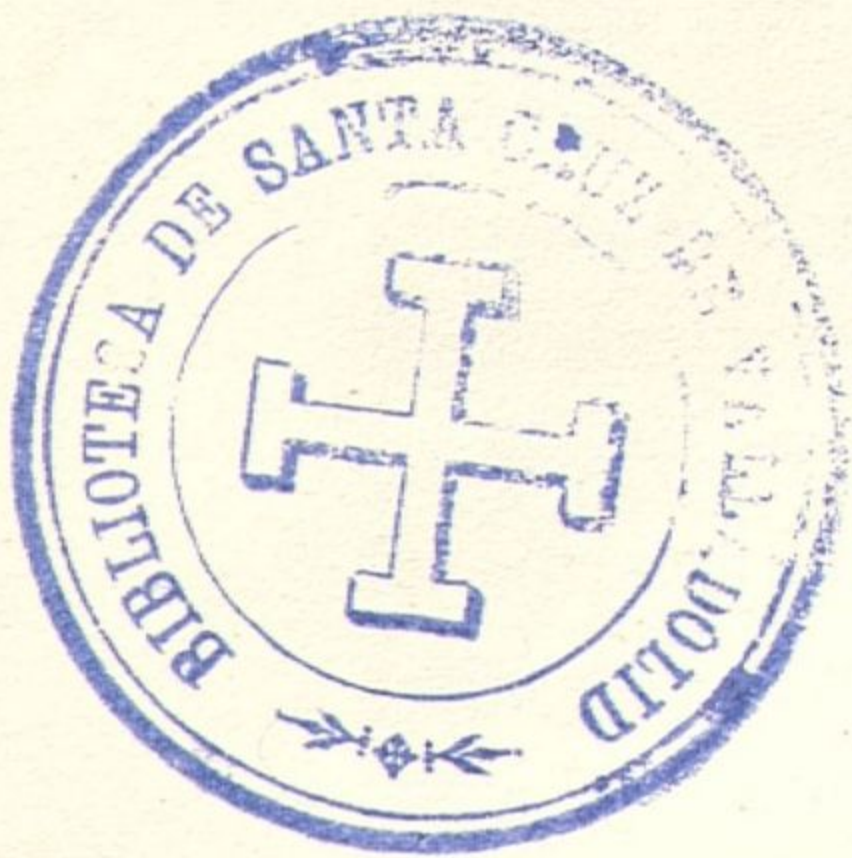
SOBRE

LA INFLUENCIA DEL FATALISMO EN LA LITERATURA ANTIGUA:

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO EN LETRAS

DON GERARDO VAZQUEZ MANSILLA,

AL RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DEL DOCTORADO EN LA SECCION DE LITERATURA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA.



MADRID.

IMPRESA DE LA CALLE DE S. VICENTE A CARGO DE JOSE RODRIGUEZ.

UVA. BHSC. ¹⁸⁵²LEG.09-1 n°0740

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

EXMO. SR.

Entre todos los estudios ensayados por la filosofía y la historia, para descubrir el espíritu de los antiguos pueblos, ninguno mas eficaz ni fecundo que el estudio de las letras. Expresion viva y siempre enérgica de sus mas nobles aspiraciones, reflejo constante de sus creencias y costumbres, eco fiel de sus desastres y victorias, presenta la literatura como en purísimo espejo la vida entera de las naciones, desde los primeros dias de su infancia hasta los últimos momentos de su mas decrépita senectud. Destinada á consagrar las misteriosas tradiciones, que reconocen su origen en la noche de los tiempos, ora eleva himnos fervorosos de profunda gratitud al Ser Omnipotente que puso en las sienes del primer hombre la corona de la creacion, ora canta los héroes primitivos, cuyas terribles luchas enardecen y sostienen el entusiasmo de la muchedumbre, ya llora sobre la tumba de los reyes, cuyos crímenes

y pasiones son escándalo y dolor de las gentes, ya en fin, armada de punzador azote, enseña al hombre el camino de la virtud, poniendo de relieve todas sus aberraciones, todas sus flaquezas.

Mas si en este triple desarrollo del arte reconoce hoy la crítica la infancia, la juventud y la virilidad de los antiguos pueblos, si sorprende en sus obras poéticas el carácter especial de las costumbres públicas y privadas, que los distinguen, no menos brillan en tan preciosas producciones los sentimientos y creencias religiosas que los animaron. Grecia y Roma nos presentan inequívocas pruebas de esta verdad en las mas celebradas creaciones de sus inmortales ingenios. Aun considerada la teogonia de estas naciones como fruto de la imaginacion y del arte, no puede la sociedad que la admite, sustraerse al influjo de sus prescripciones, como no le es posible tampoco arrancar de su seno el sentimiento religioso, inextimable, don con que plugo al Hacedor Supremo enriquecer el corazon del hombre. Coronaba el complicado edificio del politeismo una deidad suprema, que apareciendo como centro de unidad de aquella religion excesivamente humana, convertia á las demas deidades en otros tantos atributos de su omnímodo poderío, al cual se hallaba sometida la suerte de todo lo criado. Tal era el DESTINO, cuya influencia en la literatura de los antiguos pueblos, será asunto del breve discurso, que en momento tan solemne y cuando alcanzo una honra tan inmerecida como anhelada, me atrevo á pronunciar ante los mas señalados varones que ilustran el profesorado español.

«¿Quid intelligis Fatum?» exclamaba Lucio Anneo Séneca, el mas celebrado de los filósofos romanos. «Existimo »necessitates rerum omnium, actionumque, quas nulla vis »rumpat.» Hé aqui, señores la piedra angular del arte antiguo. El hombre en la teogonia de griegos y latinos, no es un ser libre, que puede en virtud de esa misma libertad

elegir entre el bien y el mal, labrando así con sus propias manos su felicidad ó su desventura. Antes de venir al mundo está ya escrito su *destino*, y ni la virtud, ni la moral, ni la ciencia pueden apartar de su cabeza los males y desgracias que irremisiblemente han de perseguirle. La religion, que reconoce aquella ley de hierro, lleva en su seno el germen de todas las amarguras, no ofreciendo al hombre consuelo alguno en medio de sus infortunios, y afligiéndole con la seguridad de que estos han de cumplirse irremisiblemente. Así no era posible esperar de aquella teogonia la felicidad de los hombres, que abandonados á sus adversidades, no encuentran en ella otro bálsamo que la desesperacion, para mitigarlas.

Y sin embargo, Grecia, tan amante de lo bello, y tan idólatra de las artes, refleja en sus creaciones de una manera sorprendente aquella terrible situacion, cubriéndola con el velo de la poesia, bien que dándole colosales proporciones. Porque el arte, que tenia por base para merecer este nombre, las creencias del pueblo helénico, debia reflejar tan desconsoladora idea, presentando á los hombres el espectáculo de su angustiosa pequeñez, para despertar en su corazon hondos sentimientos. Tal es, en efecto, la base fundamental de la epopeya homérica y de la literatura que reconoce en ella su origen. Mas esta verdad tendrá debida confirmacion, fijando por un momento la vista en las inmortales Rapsodias, y recordando las tradiciones á que dan nacimiento.

La insolente ingratitud de París ha manchado con negra infamia el lecho de Menelao: la bella cuanto lasciva Elena abandona la Grecia para seguir á su amante al suelo de Frigia, concitando la indignacion y la venganza de todos los reyes del archipiélago, convocados á la voz de los Atridas. Necesitábase, no obstante, conocer la voluntad del hado, consultando con este intento los oráculos: sus respuestas manifestaron á los griegos que era la em-

presa que acometian la mas árdua de cuantas hasta entonces habian ideado sus padres; pues no solamente habian de luchar contra el poderío de los frigios, respetables asi por sus armas como por sus riquezas, sino que tenian tambien que vencer innumerables obstáculos de otro género.

Dependia la suerte de Troya de la reunion de varias circunstancias *fatales*. Desterrado Apolo del Olimpo, por haber dado muerte á los Cíclopes, y desposeido Neptuno de su imperio, refugiáronse á la Frigia para ocultar su deshonra: allí acogidos por Dárdano, ayudáronle á levantar los muros de aquella ciudad, que tan triste fama debia alcanzar en las futuras edades. Troya habria sido indestructible, si en la obra de Apolo y Neptuno no hubiese puesto su mano algun mortal; mas decretado ya el fracaso de la futura patria de París, ordenaron los dioses que contribuyese Eaco á tan rudas faenas, á fin de que mezclándose el trabajo de un hombre al de aquellas dos divinidades, dejara de ser eterna la ciudad de Troya. Mas esta ley del *destino* exigia otra circunstancia *fatal* en su cumplimiento: para que la patria de Héctor pudiera ser destruida, necesario era que pelease contra ella uno de los descendientes de Eaco. Solo Aquiles, nieto de este príncipe, gozaba el *fatal* privilegio de labrar la salvacion ó la ruina de Troya; pero la revelacion del oráculo, lejos de hacer mas cumplidera la venganza de los griegos, contribuia en gran manera á dificultarla.

Tétis, madre de Aquiles, á quien le era dado sentarse en los consistorios celestiales, habiendo leído en el libro del *destino*, que su hijo pereceria en la empresa que traia agitado al pueblo griego, procuró con el cariño de madre, y la sabiduria de diosa, libertarle de tan graves peligros. Para preservarle de las armas, le hizo invulnerable, bañándole en las aguas de la Estigia; mas dejóse fatalmente de hundir en aquellas misteriosas ondas el talon, de don-

de su madre le tenía asido; y la ley del *destino*, que pretendía burlar Tétis, quedó por tanto en toda su incontrastable fuerza. La diosa temía, pues, con razón por la vida de su hijo, y para apartarle de tan cierto peligro, vistióle de muger y encomendólo á Deidamia, hija de Licomedes, rey de Sciros, con el fingido nombre de Pirra. La belleza de Aquiles, su bizarra juventud, encendieron en la hija de Licomedes amorosa llama, y al poco tiempo la disfrazada Pirra daba su nombre al fruto de aquellos amores. Pirro fué señalado por el *destino* para vengar la muerte futura de su padre.

Urgia entre tanto á los griegos aliados contra Troya el apoderarse de Aquiles. Era necesaria la astucia para lograrlo, y Ulises, rey de Itaca, diestro en el artificio y el engaño, echó sobre sus hombros esta importante empresa. Disfrazado de mercader, presentóse en la córte de Licomedes cargado de joyas mugeriles, logrando entrada en el palacio de Deidamia, á quien presentó las mejores alhajas que llevaba: la supuesta Pirra llegó también á presencia de Ulises, para contemplar aquellas riquezas. Entonces el astuto hijo de Laertes metió algunas armas que había puesto entre sus mercancías, y las ofreció mañosamente al hijo de Peleo. El corazón del jóven Aquiles no pudo resistir por mas tiempo aquel vivísimo estímulo que le recordaba la gloria de sus abuelos. Radiante de alegría empuña las armas que el *destino* le ofrece, y cediendo á las cautelosas instancias de Ulises, abandona el retiro de Sciros, llenando de júbilo á los aliados. Ya esgrimia el nieto de Eaco su terrible acero contra los muros de Troya: la tierna solicitud de su madre había sido vencida por la infalibilidad del *destino*, cuya ley inexorable comenzaba á cumplirse.

Mas no era esta sola la inevitable condicion del hado en la destruccion de Troya: para apoderarse de ella, se habían menester también las flechas del grande Alcides

que el semidios había depositado en manos de Filoctetes. Abandonado este indignamente por los griegos en la isla de Lemnos, bríndase el mismo Ulises á llevar á cabo la árdua empresa de conducirlo ante los muros de Troya. La astucia del rey de Itaca triunfó de la tenaz resistencia del amigo de Hércules, que ofendido con justicia de la falacia de los griegos, negábase á seguirlos. Al fin, Ulises, el primero en el consejo de abandonar á Filoctetes en la isla desierta, se presentaba ante la armada de Agamenon, llevando consigo al depositario de las flechas *fatales*.

Mostraba, sin embargo, el oráculo que se habían de cumplir otros inexorables preceptos del *destino*, antes de que Troya decayese de su grandeza: tales eran el robo del *paladium* y la muerte de Troylo, *necesidades* no menos importantes que el impedir que los caballos de Reso bebiesen las aguas del Xanto, y reducir á Telefo, hijo de Hércules, al partido de los griegos.

Predicho estaba que no peligraría Ilion, mientras el *paladium*, imágen de Minerva, se custodiase dentro de sus muros; y sabeedores los troyanos del *fatal* decreto, custodiaban vigilantes el templo de la diosa y su fatídica estatua. Debía, empero, venir á poder de los griegos para obtener la ambicionada venganza: la empresa era punto menos que imposible; mas Diomedes y Ulises, pagado el uno de su fiereza y el otro de su astucia, se ofrecieron á poner por obra tan temerario proyecto. A favor de la oscuridad de la noche, logran ambos penetrar en Troya, é introduciéndose en el templo, se apoderan de aquel misterioso ídolo, llave de Ilion, tornando victoriosos al campo griego.

La invencible lanza de Aquiles ejecutaba el decreto del destino con la muerte de Troylo; y aprisionado fortuitamente Delon, mensajero que Héctor enviaba á Reso para que abreviase su llegada, resolvíanse á impedirlo Diomedes y Ulises, logrando una buena fortuna, que dando

de improviso sobre sus tiendas, le sorprenden y matan, apoderándose de sus caballos, con lo cual quedaba satisfecha tan árdua exigencia de los *hados*.

Restaba vencer la enemistad de Telefo: aquel hijo de Hércules, no solo se habia opuesto al paso de los griegos, declarándose por tanto su enemigo, sino que como aliado y auxiliar de Priamo, estaba ligado estrechamente con su familia. Contrario, por tanto á los helenos, los habia combatido valerosamente, y herido por Aquiles, subió de punto su odio, respecto de los Atridas. La *fatalidad* que así dificultaba el cumplimiento de la venganza griega, vino sin embargo á ganarle la ayuda de Telefo. La herida de este solo podia ser curada por la misma lanza que la habia causado, beneficio que rehusaba Aquiles al hijo de Hércules, movido del sentimiento de la venganza, que constituye todo su carácter. Halló, no obstante, el astuto Ulises medio de cumplir el decreto del *destino*, para conquistar la amistad de Telefo: el orin, que la sangre habia criado en la lanza de Aquiles, lo aplicó á la fatal herida, obligándole á dejar el partido de los frigios y abrazar la causa de los griegos.

Ejecutábanse todos los decretos del *destino*: Ilión se encontraba sola con el esfuerzo de Héctor: el *hado* la entregaba á todas las desventuras y desastres de la guerra. La señora del Asia iba á ser destruida por el pueblo de Menelao, para que se consumiese aquella terrible *necesidad*, que prejuzgaba su ruina. Pero el nieto de Eaco, el matador inclemente de Héctor, moria ante los muros de Troya, herido en el talon, que no habian bañado las aguas de la Estigia, por la cobarde diestra del robador de Elena. Así se llenaban las prescripciones del *destino*, que en vano habia procurado evitar la madre de Aquiles.

Mas el hijo de Pirra, dejando los regalos en que vivia, corrió furioso á vengar el ultraje y muerte de Aquiles, quedando satisfecha la ley del *hado*, que reservaba á un

descendiente de Eaco el triste privilegio de destruir los muros levantados por Apolo y Neptuno. La sagrada Ilion fué entregada á las llamas: sus matronas y sus vírgenes degolladas ó entregadas á la mas negra servidumbre: sus varones pasados sin piedad á cuchillo. El *destino* se habia, pues, cumplido.

Hé aquí, Señor Excelentísimo, la historia que debemos al arte: Homero, «padre y raiz de toda poesia», presenta en sus inmortales epopeyas esa urdimbre de *fatales* circunstancias, que bastan para pintar las creencias religiosas del pueblo helénico.

Pero si estaba escrito en el terrible libro del *destino*, que Troya debia desaparecer de la tierra, tambien estaba decretado el exterminio de sus destructores. Agamenon es muerto por Egisto y Clitemnestra en su propio palacio, víctima del adúltero amor de estos criminales; Idomeneo sacrifica á su propio hijo en cumplimiento de una fatal promesa, dándose luego muerte desesperada; Ajax de Telamon perece en mitad de los mares; Ulises, errante de isla en isla y expuesto por largo tiempo á todo género de peligros, muere á manos de su hijo Telégono, fruto de los amores de Circe. Asi la epopeya, fundada principalmente en la fatal creencia del *destino*, inunda la Grecia de historias patéticas y terribles, que producen naturalmente la tragedia. Eschilo, Sóphocles, Euripides recogen con diestra mano los relieves del opulento banquete del heroismo griego, y anudan la historia del pensamiento con sus inmortales obras.

En ellas debia brillar tambien aquella ley indeclinable del *hado*, alma de las epopeyas homéricas. El fatalismo inspiró á Eschilo el cuadro terrible de los *Eumenides*; el fatalismo movió la pluma de Euripides al condenar á Polimnestor á la venganza de Hécuba, que lloraba muerto hasta el último de sus hijos; el fatalismo suministra al fin, al envidiado Sóphocles la gran figura de Orestes en su

Electra, las no menos airadas de *Filoctetes* en la tragedia de este nombre, y sobre todo la colosal creacion del *Edipo Rey*, que salvando las tinieblas de los siglos, ha venido á tomar plaza en la moderna literatura, haciendo popular la inaudita desgracia de aquel *malhadado* héroe.

La historia poética de Edipo, que si otro monumento no poseyéramos para estudiar las creencias y las costumbres de Grecia, bastaria sin duda á mostrarnos lo que fué aquel pueblo, es un tejido de hechos y circunstancias *fatales*, en donde mas que en otra alguna de las que idealizó el arte, se descubre el inexorable fallo del *destino*. Layo, rey de Tébas y esposo de Jocasta, consulta el oráculo para saber la futura suerte del fruto de sus amores, y obtiene por respuesta que el hijo que le nazca, ha de darle muerte. Aterrado con tan fatídica respuesta, y arrancando de su pecho los sentimientos de padre, decreta la muerte de su hijo. Con esta determinacion, ordena á Jocasta que dado á luz aquel funesto infante le quite la vida. Mas era Jocasta madre, y faltóle el ánimo para ejecutar tan inhumana sentencia. Deseosa, sin embargo, de conjurar el peligro que amenazaba á su esposo, si el infante vivia, entrególe á un pastor, á fin de que llevase á cabo tan cruel mandamiento.

Pero esta resolucion de Jocasta estaba prevista por el *destino*, cuyo fallo debia cumplirse por las mas extrañas sendas. Movido á piedad, al ver la inocencia y la belleza del infante, tampoco tuvo el pastor aliento para darle muerte; y llegado al monte Citheron, contentóse con dejarle colgado de los pies á un árbol de lo mas intrincado de la montaña, seguro de que seria allí pasto de las fieras. Mas pasando acaso por aquellos contornos Forbas, pastor de los ganados del rey Polybo, oye los tiernos gemidos del expósito, y doliéndose de él, le desata las ligaduras, llevándole á Corinto. Condolida la es-

posa de Polybo de aquel infante de ignorado origen, y prendada de su belleza, recibióle como á hijo y crióle como á príncipe.

Crecia Edipo entre tanto, y llegado á la edad juvenil, debió á un *fatal* accidente la noticia de que no era hijo de Polybo. Moviéronle la costumbre y la creencia á consultar el oráculo, único medio de conocer su futura suerte. La respuesta del dios le imponía el deber de buscar á sus verdaderos padres en países extraños, y resuelto á penetrar este misterio del *destino*, abandona á Corinto en alas de la *fatalidad* que le cobijaba. No muy distante de Tébas, encontró en una encrucijada un hombre, que mandándole con altanero ademán abrirle paso, á él y á su carro, le hiere en lo mas vivo de su orgullo, obligándole á desnudar la espada. La lucha fué tremenda, pero breve: el brazo de Edipo acertó á dirigir una estocada al corazon de aquel hombre, que cayó exánime á los pies del jóven expósito. Edipo habia dado muerte á su padre.

Mas el oráculo de Apolo no solamente habia predicho á Edipo que cometeria el parricidio: su voz terrible le habia tambien anunciado que á este crimen añadiría el de incestuoso, y esta prescripcion del *destino* debia irremisiblemente consumarse. El asesinato de Layo cubrió de luto á Tébas: Jocasta derramó abundantes lágrimas, y vistió triste luto: los tribunales buscaron inútilmente al asesino. Su impunidad provocó al cabo la ira de los dioses, quienes enviaron para afligir á Tébas un monstruo espantable, que sembrando el terror por toda la comarca, era el azote de los nacidos. El pueblo acude consternado á buscar en el oráculo remedio á calamidad tan inaudita; y el oráculo señala solo un medio para evitar la ira de los dioses. Consistia este en adivinar el enigma que proponia la Esfinge; pero el desdichado que, arrostrada la presencia del monstruo, no acertara á explicarlo, debia perecer *infa-*

presentaban á darle cima desafortunados. El pueblo de Tébas ofreció en tal conflicto la corona de su imperio al que penetrase el enigma; mas nadie osaba afrontar la Esfinge, cuando Edipo, guiado por una fuerza secreta, que le arrastraba á pesar suyo hácia Tébas, se presentó á probar fortuna: lleno de valor llegó á la falda del Citheron, donde la Esfinge aparecía diariamente, arrostrando con esfuerzo heróico su presencia.

La hora fatal habia llegado para el hijo de Layo, que pugnando por evitar el cumplimiento de los oráculos, se precipitaba ciego tras su perdicion y su ruina. El enigma propuesto por la Esfinge era descifrado por el infeliz expósito, quien al terminar su respuesta, veía desprenderse de la alta roca, donde asustaba á la muchedumbre, espantable monstruo que espiraba á sus pies, cumplido el decreto de los *hados*.

El pueblo de Tébas, libertado así de la ira de los dioses, recibe á Edipo como á libertador, y le aclama como á rey. Para mas honrarle, no vacila en ofrecerle la mano de Jocasta, á quien se une Edipo, ignorando todo lo horrendo del crimen que cometía. ¿Qué mas podía esperarse de la cruel infalibilidad del *destino*? Todas las predicciones del oráculo se habian realizado, pero Edipo ignoraba la amarga verdad de todos aquellos extraordinarios acontecimientos, y la mano inexorable del *destino* debía romper la venda de sus ojos. Aquella felicidad iba á convertirse en la desolacion mas horrenda, en la desesperacion mas espantosa.

Los mismos dioses, que no habian podido estorbar el cumplimiento de los *hados*, movidos contra el incestuoso, envían á Tébas desoladora peste, que extermina sus inocentes moradores. Edipo consulta otra vez el oráculo de Apolo, y obtiene por respuesta que no cesaría aquella calamidad mientras no fuese desterrado del imperio tebano el matador de Layo. *Grandes fueron los esfuerzos del rey*

para descubrirlo, empeñándose de esta manera en labrar su propia ruina. Ansioso de dar mayor solemnidad á aquel acto de justicia; se presenta á su pueblo: como rey, como extranjero llegado á Tébas despues de la muerte de Layo, él es el mas propio para castigar al asesino. Su anhelo es salvar á su pueblo; y para alcanzarlo, excita á todos sus vasallos á denunciar el nombre del culpable, perdonando á este la vida, y contentándose con expulsarle del reino para satisfaccion de los dioses. En cambio dirige al cielo las mas terribles imprecaciones contra el homicida, para que sin patria, familia ni hogar, proscripto y perseguido por todas partes, busque en vano miserable asilo.

El silencio de su pueblo le obliga á recurrir á Tyresias, quien temiendo la saña del rey, se niega á revelarle el *fatal* secreto de sus crímenes. Al cabo, amenazado por Edipo, pronuncia estas terribles palabras:

Φονέα σε φημι τάνδρος οὔ ζητεῖς κυρεῖν.

»Dígame que tú eres el asesino que buscas.

(*Edipo Rey. Acto III, ver. 1362.*)

El hijo de Layo no puede creer tan horrenda revelacion; y aunque ciego de ira contra Tyresias, al ver la sangre fria, con que sostiene su acusacion; al escuchar de sus labios los horrores, en que inocentemente ha caido, y al pronunciar Tyresias con misterioso é inspirado acento:

*Ἡδ' ἡμέρα φῦσει σε καὶ διαφθερεῖ.

»Este dia te dará nacimiento y muerte.»

(*Id. Acto III, ver. 1438.*)

hondo pavor asalta su pecho, y amargas y tremendas dudas lo despedazan. En aquel instante estalla la lucha feroz y espantosa, que viene á producir el cumplimiento del último decreto del *destino*.

En vano Jocasta procura con sus lágrimas tranquilizar al mísero Edipo: para él no existe ya paz en el mundo,

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0740

sin que vea desvanecidas las terribles nieblas que ha levantado sobre su corazón el fatídico acento de Tyresias. Lleno de inquietud, impulsado por insaciable afán, inquiere, pregunta, obtiene pormenores sobre la desgraciada muerte de Layo; y en cada circunstancia, en cada detalle descubre una relación misteriosa con los acontecimientos de su vida. Recuerda la ocasión, el sitio, las señas del hombre á quien dió muerte en las cercanías de Tébas, y trae á la memoria que habiéndole predicho el oráculo el parricidio y el incesto, había abandonado la casa paterna, para sustraerse á aquella espantable sentencia.

Al cabo una coincidencia extraordinaria viene á precipitar la fatal catástrofe del rey de Tébas: un mensajero de Corinto anuncia á Edipo la muerte de Polybo, que en el último instante de su vida ha descubierto el ignorado origen de Edipo. Esta *fatal* revelación fué un rayo que hirió el corazón de Jocasta, quien halla en el suicidio único término á sus desdichas. Edipo persiste en apurar hasta las heces el cáliz del dolor y de la amargura: todo su afán consiste en inquirir la tremenda verdad, que le llena de horrosas y mortales angustias; y cuando cae de sus ojos el último dobléz de la venda que le cegaba, comprende el rey desdichado que ha sido vencida la humanidad por la ley del *destino*: Sóphocles pone en boca de Edipo estas finales y tremendas palabras:

ὦ φῶς τελευταίων σε προσδέψαιμι νῦν.

»¡O luz, ya te he visto por la última vez!»

(*Id. Acto III, ver. 1183.*)

El hijo de Jocasta se arranca con sus propias manos los ojos, y desterrado de su patria, vaga por las selvas y los montes acompañado únicamente de la tierna y simpática Antígona: tal es el patético asunto del *Edipo en Colona*. Entre tanto Eteocle y Polinice, para satisfacer la ley del *destino*, se despedazan impiamente, quedando exterminada la raza de Layo. BHSC. LEG.09-1 n°0740

No otra es, señores, la manera cómo la ilustrada Grecia comprendía ese poder misterioso, esa ley de hierro, que oprimía al propio tiempo á los dioses y á los hombres; esa necesidad absoluta que presentaba á la humanidad desposeída de toda libertad, y reducida á la mas lastimosa impotencia. Qué significaba, pues, la virtud, donde el fallo del *destino*, injusto ó benéfico, ligaba todas las acciones y sujetaba al hombre á una esclavitud inevitable? ¿De qué le aprovechaban el valor y la inteligencia, si no le era dado preservarse del crimen ó la infamia...? Familias presenta la historia de Grecia funestamente célebres por sus maldades; pero estas maldades que se cometen por incontrastable decreto del *destino*, solo sirven para presentar el triste vencimiento de la humanidad, y la esclavitud para que habia sido criada. La familia de los Pelópidas llena con el terror de sus iniquidades los tiempos heróicos del archipiélago; pero esta familia traia su origen del soberano de los dioses. Desde Tántalo, su fundador, hasta Orestes, que cierra aquella cadena de crímenes, todos obran impulsados por una fuerza secreta que los arrastra y subyuga; todos ofrecen la misma lucha que tan enérgicamente supo revelarnos Sóphocles en su *Edipo Rey*, por lo cual, no sin razon, han dicho algunos escritores coetáneos, que en el *Edipo* se hallaba personificada la humanidad entera en los antiguos tiempos.

Pero esa ley terrible que se refleja en el arte griego con tan negro colorido, domina tambien en el arte de los romanos. Los conquistadores del mundo al penetrar en el suelo del Ática, no solamente aspiran á despojar á los griegos del poder y de las riquezas: en su insaciable sed de gloria pretenden tambien apoderarse de sus artes y de sus letras, llegando su orgullo hasta el extremo de transportar al capitolio el olimpo de Aténas. Filósofos, historiadores y poetas, todos parecen contribuir á esta idea, procurando reanudar aquellas lastimosas y fatales historias.

Los que se proponen seguir las huellas de Homero, invocan para lograrlo la ley inescrutable del *destino*: los que, admirando la gloria de Eschilo, Eurípides y Sóphocles, pugnan por dotar á la literatura latina de la tragedia, recorren con paso incierto las vias trazadas por aquellos inmortales ingenios, y evocan las sombras de los héroes, tristemente famosos en la historia del archipiélago. Virgilio, que ya por halagar la vanidad de Augusto, ya por engrandecer los orígenes de Roma, la hizo provenir del hijo de Anchises, comenzaba su celebrado poema del siguiente modo:

«Arma virumque cano, Troyae qui primus ab oris,
Italiam, fato profugus Lavineque venit
littora.....»

Y mas adelante añadia:

«..... Multos que per annos
Errabant acti fati maria omnia circum,
Tantae molis erat romanam condere gentem.»

En efecto, contrastado Eneas por el *destino* desde que logra salvarse de la destruccion de Troya corre, como Ulises, los mas grandes peligros hasta poner su planta en Italia. Las iras de Juno le persiguen sin tregua, ya concitando contra él la saña de los vientos, ya persuadiendo á las matronas troyanas á que pusiesen fuego á sus naves. Estaba escrito, no obstante, en el libro del *destino*, que Eneas arribaria felizmente á la embocadura del Tiber, donde le esperaban una esposa y un reino, y fueron inútiles todas aquellas persecuciones para alterar los decretos del *hado*. Se habia predicho que Lavinia, hija del rey Latino, daria su mano á un príncipe venido de lejanas regiones; y dominado por esta idea, no solamente recibió aquel rey al hijo de Vénus con entrañable afecto, creyén-

dole el príncipe *predestinado* á sucederle, sino que le ofrece voluntariamente aquella alianza.

Un nuevo obstáculo debía oponerse al cumplimiento del *destino*, obstáculo que solo sirvió para realzar el valor y la gloria de Eneas. Amate, madre de Lavinia, no contenta con la predicción del oráculo, quería el trono de los latinos para Turno, rey de los rútuos, á quien intentaba dar su hija. Juno, no aplacada contra el hijo de Vénus, exalta el orgullo de Amate, y concita el furor de Turno, para que mueva sus armas contra el latino, á quien acusa de ingrato y de perjuro. Pero trabada la guerra, logra Eneas dar muerte con sus propias manos al arrogante Turno, obteniendo en consecuencia la posesion de Lavinia y la corona del Lacio. De esta manera, realizado en todas sus partes el fallo inapelable del *destino*, se echaban los fundamentos á aquel pueblo, que debian recoger mas tarde Rómulo y Remo dentro de los muros de la ciudad eterna.

La epopeya latina revelaba por tanto las mismas creencias que la epopeya griega, no siendo posible comprender la historia poética de Eneas, trazada por Virgilio, sin partir de aquel principio fundamental del arte pagano.

Mas si aspiró Publio Maron á seguir las huellas de Homero, levantando su epopeya sobre la base del fatalismo, Séneca intentó tambien emular las glorias de Eschilo, Eurípides y Sóphodes, no solamente abrigando la misma creencia, como piedra angular de sus tragedias, sino adoptando hasta sus mismas tradiciones. No es esta, en verdad, la ocasion de señalar, ni los aciertos, ni los extravios del trágico de Córdoba: cumple sí, á mi propósito el advertir cómo en todas partes encuentra la mano del *destino*, para tiranizar la libertad humana. Examinando la dolorosa historia de Edipo, advertiriamos en la tragedia de Lucio Anneo, las mismas terribles peripecias, que hemos reconocido ya en la grande obra de Sóphoches, hijas todas del inevitable cumplimiento del hado. Ni podia espe-

rarse otra cosa , cuando despues de haber definido Séneca el *destino* , segun arriba indicamos , decia en el coro del quinto acto de la referida tragedia :

Fatis agimur : cedit fatis.
 Non sollicitæ possunt curæ
 Mutare rati stamina fusi.
 Quidquid patimur mortale genus,
 Quidquid facimus, venit ex alto.

Séneca , como filósofo y como poeta , admitia por tanto las creencias del *fatalismo* , sobre la cual giran precisamente todos los argumentos de sus tragedias. Pero esta conformidad entre la doctrina del filósofo y la creencia del poeta , nos manifiesta que no apelaron Séneca ni sus modelos al fallo del destino , para llenar una conveniencia del arte , sino para satisfacer una necesidad religiosa.

Hé aqui , señores , por qué el pueblo de Aténas , por qué la Grecia entera aplaude las epopeyas de Homero , é inmortaliza su nombre ; por qué se conmueve al oir la voz terrible de Eschilo , y por qué se complace en la gloria de Eurípides y de Sóphocles. Si estos inmortales ingenios hubieran introducido en ellas creencias ó extrañas ó repugnantes á los instintos de la muchedumbre , ¿cuál hubiera sido el efecto de sus obras? Acaso hubiesen podido excitar el aplauso de un dia ; pero jamás hubieran logrado sobrevivir á tan efímero triunfo , jamás hubieran podido penetrar las tinieblas de los siglos , para poner ahora delante de nuestros ojos aquella sociedad , que tal vez no seria bastante á darnos á conocer la historia , sin las producciones del arte. Lo mismo podemos asegurar de Roma.

Mas luego que aparece en el Oriente la estrella de Bethlen , y se derraman sobre el mundo los resplandores de la *buena nueva* , rechaza el cristianismo esa ley desgarradora que constituia á la humanidad entera en horrible servidumbre : sobre la oscuridad tenebrosa del *fatalismo* levanta la radiante luz del *libre albedrío* , y la esplen-